Palabras

Yo bien quisiera tu lumbre tocar

Por Carlos Balaguer

No sé si un día te pueda alcanzar
si herida de luz
—brillando en la espesura—
mi sueño atormentado
muriendo el despertar
alondra matinal
rompiendo las alturas
la rosa desangrada
que llevo en mis heridas
mi estrella matinal
que no puedo tocar
—a veces de la muerte
a veces del engaño
a veces de la vida—
alondra de mil años...
No sé si un día
te alcanzarán mis manos
cuando tenga alas
de pájaro o cometa
No sé si pueda en mis inventos vanos
volar en un soneto como un poeta.
Yo bien quisiera
que anidaras en mi entraña
para iluminar mis sueños
estrella inasible.
Aunque sé que mi empeño es tonto
es posible;
Yo bien quisiera tocar tu lumbre enamorada
aunque mi mano se pudriera en la tierra
aunque mi anhelo se muriera en la nada
aunque mi grito se quemara en la guerra
Y aunque rodaras
en la luz de una lágrima furtiva
y aunque en la tela
de un pañuelo te atrapara
tú seguirías siendo
la ola
el ave fugitiva
mi sueño de amor
que se pudrió en la nada
—a veces de la muerte
a veces de la vida
a veces de la suerte—
mi rosa maltratada
mi alondra mal herida
Tú seguirías siendo para mí
en el universo
el sol
mi libertad
la razón de mi lucha
la novia universal
aunque sólo te tocara
con el ala de un verso
aunque sólo te alcanzara
al amar
para luego perderte
al despertar.

Vitrales

Por Lic. Wenceslao Morán

Estancias intemporales de César Vallejo

—II—

Lograr la cronología exacta de César Vallejo es difícil, es decir: Sus viajes. Imposible por no tener fechas, números; sino de valores humanísticos. Toda la producción es consecuencia de su estirpe cultural, de esa cantera que la supo esparcir por Europa y Rusia. Jamás agotó su inteligencia lúdica. Palabra que la transformó en fuego. No circunstancial, pletórica de fenómenos políticos, culturales. Guillermo Sucre, cuando se refiere a Vallejo: "Los libros están presentes desde hace muchos años en Latinoamérica. Vivió escribiendo, esa voluntad de vivir en la poesía fue su propia salvación". Su prosa, verso revolucionario, fueron diversos. Efraín Subero lo sitúa: "Como el 'Cholo' Vallejo, nieto de curas, en un país de clases tan marcadas en el Perú, debió influir en esa melancolía, en esa extraña tristeza, que caracteriza su vida...".

Todo su estilo fue su manera de pensar; por tanto, constituyó el reflejo inagotable de su lenguaje: de naturaleza socio-política. César Miró: "En poesías completas de César Vallejo". nos dice que exaltó la poesía francesa. Fue ahí que conoció a Enrique Gómez Carrillo, en el: "Mercure France". Interesante porque lo introduce con los poetas de París. En ese entonces se menciona a españoles de la estirpe de: Pereda, Pardo Bazán, Pío Baroja, los hermanos Machado. Estos tienen el prestigio europeo, más que el grupo: Coppéc-Lamaitre-Brunetiére.

Cuando vivió en Francia, en ese ambiente fervoroso, juntamente con Rodolfo Holzmann —ya que éste tenía una mentalidad extraordinaria para observar corrientes y criterios—. Esta es la razón de Vallejo: su lenguaje literario tan completo, culto, con elementos geográficos que alternan su voz, sus acentos. Modifica la substancia del vocablo, en esa feliz labranza intelectual. Esta es otra oportunidad de César Vallejo. Intemporalidad humana: La bohemia. "Lo conocí en la 'Aurora Literaria', que dirigía Raúl Pro, José María Eguren y Carlos Raygada. Era elegante, daba la impresión de pretensioso; pero tímido. Tenía un terno, siempre impecable, a excepción de Enrique Casterot y Lizardo de la Puente", según una entrevista de Francisco Valega —13 de septiembre de 1923.

Todavía Vallejo no era un grande poeta. Era aspirante a crítico. Escribía en una revista de poca notoriedad. Siempre le acompañaba una obra de Nietzsche y Engels. Se reunía con Alvaro Arturo Galeano, presidente del Ateneo. Era intranquilo, siempre se sentía hundido entre las paredes de la calle, en un laberinto terrible. Los días los pasaba a orillas del Rimac. Vallejo, en ese entonces era taciturno, quizá fueron los mejores días de su vida. Carlos José Mariátegui se desempeñaba en la Legación, en París y amigo del poeta. Lo invadía la mañana azul. Tendía sobre su alma las sábanas de la soledad. Caminaba bajo los limoneros floridos. Sentía inquietud por la verdad y una fiebre de confusiones y anhelos por la existencia. El 14 de julio de 1924, llega otra vez a París. Había estado en prisión en Lima, por sus ideas políticas. Todo el mundo hablaba del genio de Vallejo. Pero no expresaban nada de su bondad.

Vivía en la peor amargura. Todo el dolor lo volcaba en su poesía. Cuántas veces se sumió en silencio. Dice Luis Cardoza y Aragón: "Siempre se mantenía con un terno irreprochablemente planchado, con su sombrero, bastón y abrigo. No sé cómo hacía para estar pulcramente vestido". Cuando César Vallejo estuvo en la Place Pigalle, se recordaba que en el Ateneo de Lima, prendía de una pared de obsidiana, un retrato que le pintó Gonzalo More. Y que pudo caber en el Museo de Cluny, o L'un plus vastes dimensions del l'homme. Con el rostro trágico, unas copas de champagne y un verso a la tierra ausente. Vallejo acostumbraba visitar los boulevares: La Madelaine, les Italiens. Y regresaba a su querido "quartier".

Mantenía una serenidad inexplicable. A veces estaba poseído de presentimientos ignotos y sombríos. Solía escuchar música, de preferencia a los rusos: Borodín, Rimski Korsukov, Boris Goudonoff; alguna partitura de Moossorgski. Sólo se retiraba de la sala de Scole, cuando anunciaban a: Schuberts, Bach, Haendel; menos a Claudio Arrau, porque era chileno. Su cielo poético era profundo, de intensidad creadora. En ese entonces, su equipaje lo constituía alguna ropa sucia, ejemplares de "Heraldos Negros". Ese día fue a vender un bastón a una viejecita, se lo compró por dos francos. Y al ver que Vallejo llevaba un libro de Verlaine, le dijo: "... yo conocí a Verlaine, nunca tenía dinero, él bebía...".

La anciana, también, le compró unas obras a Mallarmé. Tenía algunas obras de Chenier, Stendahl, Flaubert, Pierre Beinot, Francois Mauriac y Henri Murger: "Elogio de la Bohemia". César Vallejo sintió una emoción extraña sobre esta mujer, que conoció a Verlaine en sus días de miseria. Que hablaba de él, con una conmiseración desgarradora. Le dio las gracias y salió triste. Aquella melancolía de Juan Fouquet y Philibert de L'Orme, que imprime en sus pinturas.

Rosas del Atardecer

Por Lucía Consuelo Peña Guerrero

En la quietud del silencio oí tu voz que me llamaba. Era una voz dulce, cálida y embriagadora. De pronto recordé aquellas palabras tuyas: "Para el amor no hay fronteras" y desde entonces supe que en algún rincón del mundo desconocido me esperabas.

¿Quién podía ser el dueño de tan melodiosa sinfonía? Tu nombre estaba presente en mi memoria y en mi corazón, como una saeta lanzada por el travieso Cupido, el pequeño niño de los ojos vendados y el carcaj dorado. De muy lejos el viento me traía el perfume de tu aliento, suave como los blancos jazmines que bajo el claro de la luna esparcen su fragancia sutil.

No creía en el milagro de tu presencia. No creía en ese amor sin fronteras que en la distancia me ofrecías. ¿Puede acaso el amor manifestarse a través de la distancia? ¿Pueden dos almas unirse al conjuro de un impalpable beso?...

Sin embargo, tu presencia se hacía cada vez cercana. El rumor de tus pasos lentos y mesurados, poco a poco se aproximaban. Y mi corazón palpitante de gozo se estremecía de emoción.

De pronto apareciste en el umbral de mi puerta. ¡Ahí estabas gallardo y sonriente! Con la gallardía propia de un caballero romántico y soñador, con la sonrisa de un niño que de lejos llegaba en busca de mi ternura. De la tibieza de mis brazos que ávidamente te esperaban, para envolverte en el misterio de un amor sin fronteras, de unos maravillosos instantes que rompieron el tabú de lo prohibido.

¿Estoy acaso soñando? ¡No, no es un sueño! Tampoco es un espejismo, porque desde el instante mismo en que vivimos aquel idilio inolvidable, en el jardín de mi existencia brotaron las más bellas rosas del atardecer.

Filosofía, Arte y Letras